



AÑO III

← BARCELONA 27 DE OCTUBRE DE 1884 →

NÚM. 148

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ÁNGEL DE LA PAZ DE LOS SEPULCROS, por P. Muller

## SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LA MANO DE DIOS, por don Manuel Fernández y González.—TIPOS QUE SE VAN, por don E. de Lustonó.—LA CIENCIA ANTIGUA, por don José Echegaray.

GRABADOS: EL ÁNGEL DE LA PAZ DE LOS SEPULCROS, grupo escultórico por Müller.—HANS MAKART.—HANS MAKART EN SU LECHO DE MUERTE.—UNA CACERÍA EN EL NILO, cuadro por H. Makart.—ANA JUDIC.—EL CORONEL DE CORACEROS, estudio por Meissonier.—GERMANIA, cuadro por Hans Makart.

## NUESTROS GRABADOS

EL ÁNGEL DE LOS SEPULCROS  
escultura por Müller

Con poética expresión, no desprovista de consoladora verdad, llaman en Suabia al cementerio el Palacio de la Paz. Los genios, pues, que son de ver en su recinto, los ángeles que decoran sus tumbas, son genios y ángeles de la paz, pues en su seno la encuentran muchos que han debido trabar rudos combates durante su existencia.

El bellissimo grupo que publicamos ha sido ejecutado para decorar el sepulcro de dos tiernos niños arrebatados a un mismo tiempo al amor de sus padres. Si la idea está bien concebida, la factura no puede ser más sobresaliente. El hermoso semblante del ángel revela, digámoslo así, un corazón igualmente angelical; su actitud es naturalísima; es un genio que convida realmente con la paz, la tranquilidad, el dulce reposo. Los niños que en su seno cobija, se albergan en él como pudieran en el seno de su madre; los ropajes están tratados con holgura y hay en ellos, además de la honestidad propia del destino de la escultura, una transparencia que ha permitido al autor dibujar las formas corpóreas con un vigor que revela sus estudios de Miguel Ángel. Del todo pudiéramos decir que es una poesía mística escrita, con ayuda del cincel, por un artista cristiano.

## HANS MAKART

En la tarde del día 3 de octubre del corriente año, falleció en Viena, a los cuarenta y cuatro años de edad, el ilustre pintor Makart, honroso ejemplo de que no es la desgracia compañera inseparable del verdadero genio. Murió cuando todo le sonreía en la vida, el amor de su esposa, el aplauso de sus contemporáneos, la fortuna, la gloria, cuanto embellece y hace grata la existencia.

Hizo los primeros estudios de su difícil arte en la Academia de Viena, de la cual fué despedido por falta de talento. Nuestros lectores recordarán que otro tanto ocurrió al autor del *Spoliarium* en la Academia de Manila, lo cual, en buen castellano, viene a probar que en todas partes cuecen habas. Desesperado, regresó el mancebo a Salzburgo, su patria, donde recibió lecciones de Schiffmann, y más tarde Piloty, de Munich, le recibió como alumno en su taller.

Su aparición en el mundo artístico la hizo con el cuadro *Lavoisier en la cárcel*, en el cual reveló sus dotes para el género serio, al que sucedió su otro lienzo *Conversación de patricios venecianos durante la tarde*, notable por su exuberante colorido. La venta de estas dos obras le proporcionó recursos con que estudiar en Inglaterra, Francia y Alemania, hasta que, después de algunos ensayos menos importantes, expuso su *Peste de Florencia*, que por su valentía de dibujo y color dió lugar a grandes polémicas artísticas, que popularizaron su nombre y crearon su fama. Llegó ésta a oídos del emperador de Austria, quien llamó a su corte al ya insigne Makart, estableciéndole en un edificio del Estado (1869), del cual se trasladó a su actual taller, célebre en el mundo del buen gusto por los tesoros artísticos que a fuerza de talento, de paciencia y de dinero acumuló en él y cuya última tasación se ha elevado a más de quinientos mil francos. En la página 40 de nuestro tomo de 1883 publicamos una vista del interior de ese taller, que nuestros lectores pueden examinar de nuevo para formarse idea de que ciertamente no debe ser exagerada dicha valoración.

El amor a la gloria y la legítima cuanto espléndida re-



HANS MAKART

NACIÓ EN SALZBURGO EN 1840. † EN VIENA EL 3 DE OCTUBRE DE 1884

compensa de sus afanes encariñaron a nuestro pintor con su trabajo hasta tal punto, que se resintió de ello su salud y por consejo de los médicos realizó un viaje a Egipto. La tierra de los Faraones debía ejercer no poca influencia en la inspiración de Makart y hasta en su manera de hacer. Ejemplo es de ello su famoso cuadro *Una cacería en el Nilo*, que hoy tenemos la buena suerte de poder reproducir en nuestro periódico, como también reproducimos su hermosa *Germania*. Nuestros favorecidos no habrán echado en olvido que en la página 392 del tomo 1.º hemos publicado *La mañana*, preciosa alegoría, en la página 134 del tomo 2.º *El nido*, de un género delicadísimo, y en uno de los Suplementos Artísticos, también de 1883, *Diana cazadora*, obras todas de Makart, que prueban realmente la variedad de su genio.

Una de las circunstancias más salientes de Makart es su independencia artística: ninguna escuela le mereció absoluta preferencia; sin embargo, es innegable que en algunos de sus cuadros de mayor importancia se nota cierta tendencia a Rubens, que no por esto perjudica a su originalidad.

Hans Makart ha sido una estrella del arte moderno; su muerte ha causado vivo dolor y profunda impresión a cuantos se interesan por el genio verdaderamente grande, cuya patria es el mundo, cuyos triunfos interesan a la humanidad entera, cuya inmortalidad es la grande esperanza de sus émulos.

## UNA CACERÍA EN EL NILO; cuadro por Makart

Uno de los lienzos más notables del ilustre artista que acaba de fallecer en Viena, es aquel cuya copia reproducimos en este número y que representa a la hija de un Faraon entregándose al placer de cazar, ó de pescar, en el más caudaloso de los ríos egipcios. El Nilo fué el Rhin ó el Tamesis de la civilización antigua: por sus tranquilas aguas surcaban aquellas suntuosas naves en que los magnates mecían su pereza, rodeados de hermosas mujeres compradas ó avasalladas en todos los mercados, y conducidos por esclavos vencidos en todos los países conocidos. Makart tuvo ocasión de ver por sí mismo las ruinas de esa decadencia, los despojos de ese imperio, cuya fuerza y cuyo orgullo están perfectamente representados por las famosas pirámides.

La potente imaginación del ilustre Hans se sintió excitada por lo que veía y por lo que se imaginaba, por lo que queda y por lo que reconstruyó con su privilegiada inteligencia. Y en un momento de inspiración, sin diseño, sin

boceto, ejecutó esa inmensa tela: bajo su pincel brotaron las aguas, se poblaron de torcaces cisnes y de temibles cocodrilos, aparecieron esas embarcaciones cuyos dibujos hay que copiar en los medio enterrados monolitos y surgió la ostentosa corte de una princesa, con todo el sabor, con toda la apariencia de una verdad que únicamente se revela al paciente erudito ó adivina el artista privilegiado.

El asunto está tratado con grandiosidad y de manera magistral: Makart lo pintó en catorce días; un pintor no común necesitaría catorce veces más tiempo para copiarlo.

ANA JUDIC,  
distinguida actriz francesa.

Dentro de pocos días tendremos ocasión de admirar en nuestro Teatro Principal a la popular artista que si hasta hoy ha sido la niña mimada (permítasenos la expresión) del público parisiense, de hoy más lo será de la mayor parte de los públicos europeos, á juzgar por el frenético entusiasmo con que se la ha acogido recientemente en la capital de Dinamarca y de la afectuosa acogida que acaba de dispensársela en Madrid. Mientras llega el momento en que podamos unir nuestros aplausos á los de tan diferentes públicos, hemos creído oportuno ofrecer á nuestros suscritores el retrato de la popular cuanto distinguida actriz, de esa «estrella de primera magnitud de la escena,» como la llaman los parisienses. Su gallarda presencia, su

voz, sino voluminosa, de timbre por demás dulce y agradable, su expresiva mímica, su modo magistral de decir, y sus conocimientos escénicos, unidos al portentoso arte que posee para apoderarse del auditorio desde los primeros momentos, la hacen acreedora á tan hiperbólico calificativo, por más que deba especialmente su reputación al género ligero, como el vaudeville y la opereta, y que en el dramático no haya podido rivalizar con otras artistas de renombre, para el cual no se prestan á la verdad sus facultades ni sus inclinaciones.

EL CORONEL DE CORACEROS  
estudio por Meissonier

Francia es el país de los mejores pintores de escenas militares.

A Lebrun hace la competencia Vernet, á Vernet el autor de nuestro dibujo. Examínese éste, y no cabe una actitud más perfecta, una tensión más natural, un vigor mejor expresado, un ardor bélico más comunicativo.

Ese coronel vuela, manda, acuchilla, entusiasmo, ven-

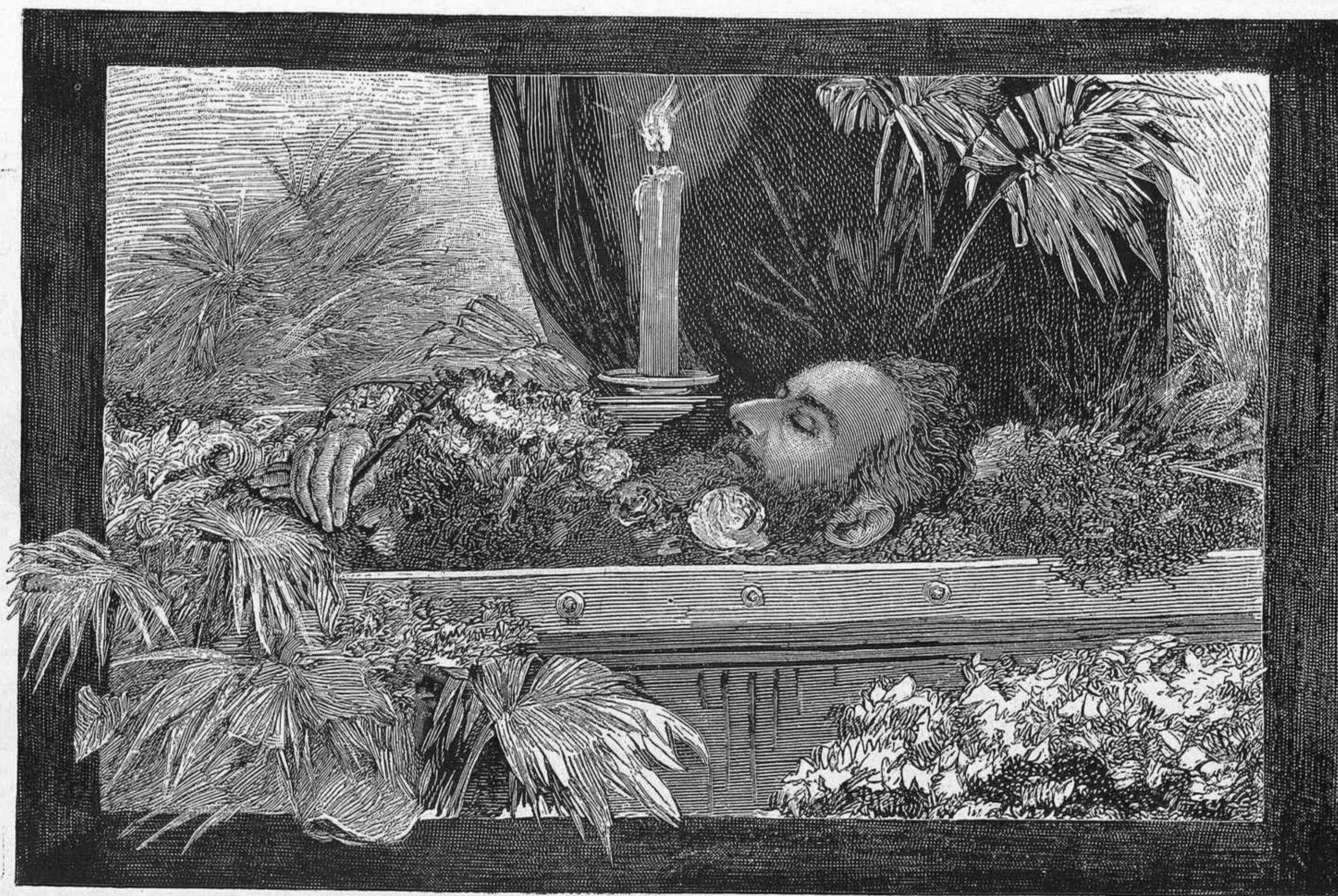
ce!.. Si hubiéramos de representar un Marte del siglo XIX, no acertaríamos á encontrar una forma más apropiada.

## GERMANIA, cuadro por Makart.

Aunque haya sido muy comun representar á las naciones por medio de matronas, en las cuales los artistas han encarnado, ó han pretendido encarnar, los rasgos más salientes de la fisonomía de cada pueblo, es indudable que Makart, simbolizando á su patria, dió otra prueba de la independencia artística y de lo poco en que tenía las tradiciones, cuando estas no tenían motivo histórico ni estético de ser. Así nuestro malogrado artista personificó en esa figura, llena de vida y de fuerza, la fuerza y la vida de la Alemania moderna, sin recurrir á la sempiterna matrona, vestida y armada á lo Minerva, copiada de un patron hecho para todos los casos de esta naturaleza, sin distinción de tipos ni de nacionalidades.

La Germania de Makart es la encarnación de una raza; no puede confundirse con la alegoría ó símbolo de ningún otro pueblo; su belleza es germana pura, germanos son su tocado y sus armas, germano el aire de superioridad que respira, templado, empero, por esa mirada dulce, propia de las bellezas del norte.

El pincel de Makart no podía producir sino obras de primera fuerza.



HANS MAKART EN SU LECHO DE MUERTE

## LA MANO DE DIOS

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuación)

Ella se metió en el landó que partió inmediatamente, y en él se fué á la calle del Príncipe, en cuyo comienzo por aquella parte la esperaba una preciosa berlina.

—A donde siempre,—dijo al lacayo.

Entró, y la berlina arrancó.

Daba en aquel momento la una el reloj de la Trinidad, ó si mejor queremos, del Ministerio de Fomento.

## V

Volvamos al café.

¿Quién era el amor, la vírgen que había adivinado Margarita?

Eso nos lo dirá despues Andrés.

Pero vamos á describroslo.

Una niña de diez y seis años, despierta, viva, marcada con el sello de la chulería, pero rebotando un hechicero candor y una pureza inmaculada.

Una de esas criaturas abortadas por nuestro amor descreído y cínico, que conocen todas las pequeñas picardías, que ostentan los pequeños descaros, que parecen impudentes, y que son, sin embargo, arcángeles.

Los fueros de la naturaleza y del corazón que nada destruye, ni ha destruido nunca, ni destruirá jamás.

Cuestión de formas.

¡Y qué difíciles son de presentar estas criaturas anómalas, fruto híbrido de una civilización decrepita y podrida!

Ellas lo saben todo sin haber pasado por nada.

Ellas son como una corriente perdida, que se desliza bajo una cubierta de lodo florida y bulbosa.

Ellas son un fenómeno que se siente y no se explica.

Una fuerza incomprensible que se defiende inconscientemente guardando con una fiera brava la independencia del corazón y de la voluntad.

El amor rudo, impetuoso, dominador de todo, de estas que pudieran llamarse las hermosas salvajes de la civilización, tiene todas las fragancias, todas las embriagueces de la naturaleza vírgen.

Un idilio épico.

Una cosa sacra.

Todas las cosas son, no lo que parecen, sino lo que en su fondo vive.

Hemos conocido á muchas de estas pobres criaturas á quienes no defendía ni la educación ni la creencia; las hemos visto pasar inviolables por en medio de todas las corrupciones, de todas las monstruosidades, de todas las miserias, con la frente alta y desdeñosa, sometidas á un trabajo rudo, ansiándolo todo, sufriendolo todo menos las humillaciones del corazón, y esto por instinto, por naturaleza; las hemos visto rechazar todas las tentaciones, todos los atrevimientos, hacer despertar y caer en fin sin discurrir con la convicción ni con la conciencia, por un

ímpetu del corazón, en un amor que al desengañarlas las ha llevado, sin creencias que les dieran la resignación para el martirio, al suicidio.

Si hay algo que arroje constantemente un horrible chorro de sangre y podre sobre la cabeza de nuestra civilización horrible, es el abandono en que deja la educación y la garantía y la dignidad del trabajo, y el mejoramiento de la condición del pobre.

Esto pertenece puramente á la filosofía social que verdaderamente no se conoce, y que por lo tanto no puede practicarse.

## VI

Adela era una de estas criaturas incomprensibles, que fatigan á los pensadores que las estudian, y que son el resultado de nuestra mistificación social.

Adela tenía asegurada su subsistencia.

Pero de una manera escasa.

Su madre, que había sido una loba hermosísima, una india brava de primer orden, una de las más famosas maestras de la *Fábrica*, había empapillotado durante algunos años, y cuando estaba ya cansada de rodar, al señor duque de la Fabilla, le había comido un lado, le había dado aquella niña suya ó ajena (esto no importaba, puesto que el duque la tenía por suya), se había gastado alegremente en juelgas y curiosidades lo que había chupado al señor, se había acabado de destruir en los desórdenes, había enflaquecido y envejecido, había echado una horrenda facha de bruja asquerosa, y se había visto abandonada por el duque sin más auxilio que una pensión de diez reales diarios señalada vitaliciamente á la niña.

La Lola había intentado, para sacar más, el sistema del espanto por el escándalo, pero el duque la había hecho encerrar en el *Modelo* y la había reducido al silencio.

Añádanse á los diez reales de la pensión, una peseta que como aprendiz ganaba la Adelita en el despacillado de la *Fábrica*.

A la Lola, por un escándalo la habían echado algunos años ántes del establecimiento.

Los catorce reales de la pensión y del trabajo de la chica, de que ella se apoderaba, se partían entre un pillete, un chulapon de ínfima clase á quien la Lola mantenía, y una enorme cantidad de aguardiente sin el cual no podía pasar aquella señora, y con el resto se atendía á una alimentación miserable.

No podía darse á la Adela ni peor ejemplo ni peor trato.

Para estas desdichadas criaturas hay innumerables gulosos.

La Lola, que había vivido todos sus días de una manera tormentosa, érase una de estas madres infames, uno de estos monstruos del sentimiento, una de estas corrupciones sórdidas que arrojan de una manera tranquila y como si fuera la cosa más natural del mundo en la perdición del cuerpo y del alma, de la conciencia y de todo cuanto puede perderse, á sus hijas.

Adela, sin embargo, y por las razones que ya hemos expuesto, por un sentimiento de dignidad, de indepen-

dencia y de horror al sacrificio de su voluntad y de sus propensiones, sostuvo una larga y dolorosa batalla desde que cumplió sus catorce años, mal tratada, golpeada, aflijida por todos los medios posibles teniendo en su madre un verdugo, peor aún, un demonio.

—Esta maldita,—decía la Lola rechinando los dientes que le quedaban,—se ha empeñado en ser una santa: pues que reviente de hambre.

Adela era una mártir heroica de su dignidad ingénita.

## VII

Sabía la niña que era hija natural, aunque no reconocida, del señor duque de la Fabilla.

Lo sabían los conocimientos de la bruja.

Lo sabían las cinco mil de la *Fábrica*.

Lo sabía todo el mundo.

Pero la Lola no tenía pruebas materiales para hacer que el duque, que era solterón, la reconociese.

Un día, medio reventada de una brutal paliza materna, la Adelilla se escapó, y se fué rápida y airada como una tormenta á la casa de su padre, que aunque viejo ya y casi destruido, continuaba siendo un libertino furioso.

Cuando los criados vieron que una chica tan hermosa, tan desarrollada y que tanto olía á cosa decente, buscaba á su señor, lo tuvieron por cosa convenida, y la introdujeron.

El duque no la conocía.

Al verla se le alegraron los ojos.

La mandó acercarse.

Pero la Adelilla mantuvo una distancia respetable entre ella y el duque, y le dijo:

—Si V. tuviera vergüenza, no permitiría que su hija se viese como se ve.

Y esto lo dijo con desprecio, torciendo la preciosa boca, y relampagueando los ojos de una manera brava.

—¡Mi hija!—exclamó sobresaltado el duque.—¿Y quién es mi hija?

—Yo, la hija de Lola la cigarrera,—dijo con un desgajamiento de chulería pura la Adela:—todo el mundo sabe que el señor duque de la *Fabilla* es mi padre, y algunas veces tengo que andar de morro con las compañeras porque me llaman chungueándose, la señora duquesa; y porque lo soy, sí señor, porque lo soy, y si no lo he dicho nunca ahora lo digo y en mi casa me quedo porque sí.

El duque estaba entre físico y asmático.

Se sobrecogió y se accidentó.

Echaron poco menos que á empellones á la Adelilla, que produjo un escándalo de obra prima.

El duque, cuando se repuso, mandó que no la volviera á recibir.

Pero el exabrupto había producido efecto.

Adelilla se había metido en el alma de su padre.

La conciencia había gritado, había realizado una sublevación en su sentimiento, y esta sublevación le había dado el consuelo de una ternura infinita.

Sintió en su sangre á su hija.

Pero ¿cómo reconocerla?



UNA CACERIA EN EL NILO, CUADRO POR HANS MAKART

El, á causa de la brusca y formidable manera de Adela, la habia creído una muchacha pervertida.

Empezó en él una lucha interna, espantosa.

Su conciencia le dijo que fuese lo que fuese su hija, él por haberla abandonado era el responsable ante Dios de la situacion de aquella desgraciada; entónces tembló por su salvacion, porque el duque, no embargante lo libertino, era creyente, fanático, y devoto hasta con las peanas.

La sofocacion del escándalo que ella le habia dado, y la lucha con su conciencia, le empeoraron y le pusieron tan al cabo, que los médicos creyeron de su deber manifestarle que debia arreglar sus negocios.

Se aterró el duque y llamó á su notario, con el que se encerró.

El resultado fué el reconocimiento de Adelilla, á la que instituyó su heredera universal no sólo respecto á sus bienes, sino á sus títulos, y dejando sólo á su sobrina Margarita, hija de su hermano difunto, un legado considerable.

Pero no se atrevió á llamar á su hija.

Después de otorgado el testamento, le administraron.

Pero como si el descargar su conciencia con el cumplimiento de su deber, hubiera sido para él una medicina milagrosa, se rehizo y escapó.

El testamento estaba bien seguro de una invalidacion, porque el duque atribuía, y no sin razon, á su acto testamentario el haber escapado de las garras de la muerte, cuyo aliento helado, fétido, habia sentido en las narices.

## VIII

Los notarios deben guardar sigilo como los confesores.

Pero una cosa es el deber y otra cosa el hecho.

Buscó á Margarita, y con grandes preámbulos y exigiéndola grandes seguridades la reveló, para su gobierno, lo que el duque le habia prevenido quedara en secreto.

Margarita estaba acostumbrada al materialismo, al positivismo, al individualismo de nuestros días.

Ella no tenia ni pensamiento, ni sentimiento mas que para sí misma.

No salia para nadie ni por nada de la esfera constitutiva de su sér.

Para ella el fin justificaba los medios.

Era un egoismo formidable, capaz de todo por sí mismo.

Sabia además encubrirse bajo una reserva fria y calculada.

Oyó impasible al notario, y cuando concluyó le dijo: —Doy á V. las gracias por su intencion: pero mi tio ha cumplido estrictamente con su deber y nada tengo que pensar ni que hacer contra su voluntad. Yo soy de su misma opinion.

El notario salió contrariado.

Le habian puesto la ceniza en la frente.

Sobre todo, le habia hecho fiasco un gran negocio.

## IX

Andaba entónces detrás de Margarita Andrés Diaz del Pardo, célibe recalcitrante que se habia consagrado toda su vida á los amores de ocasion.

Era un alto funcionario jubilado sobre las cajas de Ultramar, en donde habia vivido muchos años, y que habia llegado á los altos empleos por el camino de la política.

Al jubilarse se retiró de las candentes luchas de partido.

Pero no renunció al amor.

El se sentia jóven á pesar de sus años.

El tenia una inconcebible fuerza de voluntad y una especie de facultad extraña para engañar á las mujeres.

El insistia en los empeños más dificiles, seguro de ser amado.

Sabia esperar.

Tenia la mirada poderosa y la palabra ardiente, bella, conmovedora, apasionada.

Pero Margarita le traía á mal traer.

Sin faltar en nada á las formas, le hacia sentir una indiferencia despreciativa.

Margarita cambió de improviso cuando necesitó un instrumento.

Sabia que Andrés era por ella capaz de todo.

Empezó pues á trastearlo.

A meterlo en jurisdiccion.



ANA JUDIC, distinguida actriz francesa.

Le autorizó, en fin, á que le presentaran en casa de su tio.

En la primera ocasion en que Andrés pudo hablarla á solas, Margarita se sobrecogió.

La pasion que ella habia ansiado en el hombre de su amor, que no habia encontrado en nadie y á lo que se debía el que se hubiese mantenido soltera, la encontró en Andrés.

Aquello era la exacerbacion de cuantos amores soñados por el deseo puede sentir un hombre por una mujer.

Aquello era el paroxismo manifestado en la mirada, en el semblante, en las declaraciones, en el acento, en la perturbacion terrible y formidable de todo su sér.

Aquello era una adoracion contagiosa que luchaba naturalmente con los desperfectos que habian causado los años en el enamorado.

Pero habia en Andrés algo virtual, algo mentorio, algo prodigioso que se sobreponia á todo.

Una magia que no se explicaba.

Margarita gozó al fin la inefable ventura del sentimiento del amor, y por contagio se hizo tan tentadora, tan avasalladora, tan infinita para Andrés, como Andrés lo era para ella.

Sin la circunstancia del testamento del duque la cuestion se hubiera terminado pacíficamente de una manera vulgar.

Un casamiento hubiera sido una solucion fácil.

Pero el amor no mataba en Margarita el cálculo, el egoismo, la avaricia.

Seca de corazon para lo que no le halagaba, habia concebido como solucion de su cuestion de intereses el crimen.

No habia retrocedido ni durante un solo momento en su proyecto.

El amor no habia modificado ni su vanidad ni su avaricia.

Tenia al fin un instrumento ciegamente sumiso á su voluntad y tenia la seguridad del triunfo.

Pero era necesario no perder el tiempo.

El duque se extinguía rápidamente.

Era necesario que su hija, secretamente reconocida por él, no le heredase.

Habia querido conocerla ántes de herirla, y Andrés, como hemos visto, se la habia mostrado en el café Imparcial.

## X

El cochero de Andrés lo llevó á la espalda de uno de los más bellos hoteles de los situados entre el barrio de Salamanca y Chamberí.

El carruaje se quedó entre los árboles.

Andrés dió la vuelta, se acercó al postigo y llamó á él levemente.

El postigo se abrió.

Pasó Andrés.

La oscuridad era densa.

Una mano deliciosa asió otra mano de Andrés que la atrajo á su boca y la besó hambriento.

Ella dió un grito.

Habia sufrido una sensacion semejante á la de una quemadura.

Aquella quemadura se habia extendido por todo su sér y habia llegado hasta su corazon haciéndole sentir un deliquio.

Pero se rehizo inmediatamente con su incalculable fuerza de voluntad y rechazó de sí á Andrés que habia rodeado el talle con un brazo tembloroso.

El se sintió dominado.

Margarita tenia en él un esclavo.

## XI

Pasaron por el vestíbulo, que estaba desierto.

Atravesaron un salon.

Entraron en un gabinete ornamentado con un gusto admirable y de todo punto artístico.

Margarita se sentó en uno de los sillones de la chimenea, y señaló el otro á Andrés que parecia perplejo.

Su mirada atónita devoraba á Margarita.

Se sentó al fin maquinalmente.

El espíritu de la tentacion con todas sus terribles potencias le envolvia.

Y Margarita aparecia tan impresionada como él.

—Tuya mi vida y mi alma,— dijo ella con acento opaco, ardiente, fascinador.

Y extendió los brazos como para rechazar á Andrés que habia hecho un movimiento y que se dejó caer otra vez desalentado, desesperado y como herido, sobre el ancho sillón.

—Es necesario que cuanto ántes salgas,—repuso ella,— tengo miedo: una palabra no más: si quieres que nuestros amores acaben su tormento, mátaal.

No se podia ser más explícita.

—¡Que la mate!

—Sí; es necesario que no se desvanezcan las esperanzas que legítimamente he acariciado tantos años de heredar á mi tio: si no me das esa prueba de amor no soy tuya, aunque para no ser tuya muera desesperada: ya lo sabes; vete.

—¡Un momento!...

—¡Vete!

Dijo Margarita de tal manera estas palabras, que Andrés se levantó.

—¿Y si muere?—dijo.

—El casamiento inmediato,—respondió Margarita levantándose.

(Continuad)

## TIPOS QUE SE VAN

## EL VENDEDOR DE FIGURAS

«Todo el mundo es patria.»

Este principio cosmopolita ó anti-patriótico saca de sus casillas á un sinnúmero de individuos, y hace un aventurero del hombre pacífico.

¡Qué idea tan lisonjera y tan avanzada y tan propia del siglo XIX!

Eso de vincular el cariño en una sola nacion es un egoismo insoportable.

Cuando aparece y fructifica y se extiende por el mundo la bienhechora y grandiosa idea de la abolicion de la familia particular en pro de la familia humana, el amor á la patria, que decian los antiguos arrastrados por su ignorancia, representa un sentimiento raquítico y miserable.

Cuando todo el mundo es familia (¡y qué familia!) ¿por qué no ha de ser todo el universo una sola patria comun?

Por otra parte, nadie es profeta en lo que llama su patria. Es preciso que el hombre vague, pase una existencia errante, como *El Judío*. Andar y andar...

Y no se crea que esto es una disculpa muy ingeniosa del que al marchar deja en su patria algunos ingleses y varias víctimas de sus necesidades y sus holguras. No es por aquello de *quien te entienda te compre*, porque no todos los hombres ó las mujeres se venden, ni todos encuentran quien les ponga precio.

El hombre que emigra lleva siempre aún á falta de maleta, mucha esperanza y mucha fe en la caridad del prójimo.



ESTUDIO, por Meissonier

Hay excepciones, pero no tienen nada que ver con mi asunto.

Yo me refiero á esos seres que viajan en tercera en el ferro-carril, en mulo de cuando en cuando, y á pié algunas veces para mayor economía.

En su afán de mezclarse y confundirse los españoles se van á Francia ó á Inglaterra, ó á Ultramar. Los franceses, los ingleses y los ultramarinos vienen á España. Todos buscan lejos de la patria lo que no encuentran en ella; algunos encuentran lo que buscan; otros se mueren buscando; la mayor parte vuelven al punto de partida con algunos años de más y algunas ilusiones de ménos.

Generalmente los emigrados ó los prófugos españoles no van á trabajar á ninguna parte, salvo algunos casos. Los extranjeros que vienen á España siempre intentan hacer algo; por lo ménos hacer dinero.

Y muchos lo consiguen, porque la verdad es que España, que pasa por ser un país inhospitalario, es el refugio de todas las nulidades y de todos los perdidos del mundo é islas adyacentes.

Aquí un francés, ó un inglés ó un chino, aparece como llovido del cielo, y á los cuatro días ya tiene ocupacion y dinero. Se llama médico ó ingeniero, ó lo que le da la gana, ó establece un *restaurant* ó enseña la lengua.

En España, es aprendido como en ninguna parte el principio cosmopolita «todo el mundo es patria;» pero con una ligera correccion para terminar propiamente la frase: para esa clase de españoles «todo el mundo es patria ménos España.»

Edificante prueba de fraternidad universal.

El artista extranjero cae siempre en España, repito,

como llovido del cielo. ¿Quién ignora que los artistas extranjeros tienen muy buenas manos, Dios se las conserve?

¿Cuándo habia de llegar un español, por muy artista que fuese, á modelar, por ejemplo, esas figuritas de yeso que venden los italianos por calles y cafés?

Aquí podrán hacerse figurones de barro, que suelen salir perfectamente acabados, como los hacen en Málaga y Granada; pero por regla general pocos españoles saben hacer los monos como los italianos ó los franceses, *verbi gracia*. Y eso que ahora vamos adelantando mucho en esa parte plástica.

Un vendedor de figuras de yeso, es á un tiempo un artista y un comerciante, un filósofo y un industrial.

Generalmente el constructor de monigotes de escayola es un veterano del ejército de Napoleon III ó I, segun la edad, ó un *bersaglieri* de Garibaldi, que despues de *unificar* á Italia se ve deportado por el gobierno de su país.

¡Qué tipo tan marcial el del *figurero*! ¡qué aspecto tan artístico! bien se le conoce su origen y aficiones particulares, especialmente cuando consigue colocar un puñado de modelos, y puede dedicar algunos fondos á la compra de las primeras materias, es decir, del vino.

¡Qué campechanos son los extranjeros, cuando consiguen hacer algun negocio en España, siquiera sea mezquino, y más sobre todo cuando están borrachos!

A cualquiera le cuentan su historia, ilustrada con caricaturas.

Hablo de los italianos, de los franceses ó de los portugueses; los alemanes y los hijos de la Gran Bretaña ni son tan comunicativos ni hacen monigotes de yeso para adornar las mesas ó los estantes.

Los pueblos de la raza latina se distinguen por sus aficiones y por su carácter.

El constructor de los muñecos de yeso es casi siempre italiano, de Roma ó de Toscana, y de cuando en cuando florentino.

Su padre, segun él, fué tambien artista: es una herencia la del arte, que lejos de enriquecer abruma. Por eso no tiene nada de particular que el constructor de objetos artísticos no viva con holgura á pesar de la herencia y de su mérito indisputable.

El padre del constructor de figuras, ha muerto, segun dice el hijo, peleando por la patria (¡caso raro!) En cambio él no tiene patria ni familia.

Ha pasado los primeros años de su vida estudiando el arte... de no hacer nada, y se encuentra al poco tiempo con que han acabado su carrera el padre y él. El uno la carrera de la vida, el otro la del arte.

Una vez en España, adquiere las primeras materias para la fabricacion, y se establece sin que nadie le *dé la mano, ni haga nada por él el gobierno constituido*, como dicen los nuestros; quiero decir, nuestros *artistas*.

La existencia del *figurero* es un misterio para quien no conoce los secretos del arte.

¡El arte! palabra vaga ó vagamunda que indica un martirologio completo, pero sin esperanza de remuneracion en otra vida, ni en esta.

Y si no que lo diga el *figurero*. Se levanta al amanecer y saca de la nada ó de la escayola ángeles y caballos, y

guerreros y ninfas en traje de baño ó de catre. Al soplo divino de aquella boca, al contacto de aquel hálito embalsamado por la divina esencia del aguardiente con que el artista se desayuna, brotan, como evocados por la divinidad: Dante, en traje de gala y con su *Divina Comedia* en la mano; la cabeza de Séneca de tamaño irregular ó la de Napoleon I; Vénus Citerea ó Cupido con avíos de cazar corazones, etc., etc.

Algunos quedan en incubacion hasta el dia siguiente; otros aguardan resignados hasta que les llegue el turno de salir á la venta.

¡Qué ignominiosa civilizacion la de nuestros tiempos! ¡Todavía se venden las obras de arte! Las obras de arte, que solamente deberian cambiarse, pero nunca venderse. Es verdad que ya se venden hasta los artistas.

Dígalo el *figurero*, que cargando con algunos modelos cuidadosamente colocados en una tabla, se lanza á la calle, y establece su despacho en el antepecho de una de las ventanas del Teatro Principal durante el dia, ó recorre algunos cafés durante la noche ofreciendo sus modelos.

Cuando el negocio marcha, esto es, cuando ha conseguido el artista desprenderse de un par de cabezas de hombres célebres, de una ninfa en cueros ó de un grupo de infantes y caballos, el precio, que varía siempre de veinticinco duros á dos reales segun la inteligencia y voluntad del comprador ó aficionado, le invierte el artista en satisfacer sus primeras necesidades.

El constructor de figuras tiene tambien sus parroquianos, cuyas casas recorre siempre que recibe algun nuevo modelo, ó por lo ménos bastante antiguo para que todo el mundo le tenga ya olvidado.

El hacedor de los muñecos es un tipo principal. ¿Quién no le conoce? Todo su vestuario está reducido á un pantalón de hilo de Bayona, muy semejante al algodón catalán, una blusa de la misma tela, un hongo, que fué, ó una gorra infantil, unos borceguies gallegos, que no moriscos, y una pipa marselesa; esta sobre todo.

El *figurero*, como todos los tipos populares, ha perdido mucho de su antigua popularidad: ya no es ni sombra de lo que fué. ¿Cómo era posible que atravesase las calles cargado con sus muñecos sin que por lo ménos le rompiesen la crisma de una pedrada, ó le destruyesen por el mismo procedimiento cuatro ó seis pedazos de sus entrañas (vulgo hijos), cuatro ó seis modelos, que dejaban de serlo en un instante?

Hoy el *figurero* es un ciudadano con su anatomía ó autonomía como otro cualquiera, que va por donde le acomoda, sin que nadie se meta con él, y que hasta pudiera aspirar á ser presidente de alguna asociacion ó concejal de cualquier pueblo.

A todo, ménos á formar un capital: el arte no recompensa á sus devotos más que con ingraticudes.

El *figurero* desaparece de una ciudad de la noche á la mañana, lo mismo que llegó á ella: recorre algunos pueblos vendiendo santos y crucifijos de la misma materia que la cabeza de Séneca ó la de Napoleon I, y por último, un dia anochece y no amanece para él en España.

Cuando recorre muchos pueblos orgulloso y pregonando su mercancía, todas las muchachas le detienen para enterarse del surtido, todas las viejas para ver los santos y decir que parece que van vivos, y todos los chiquillos y desocupados para divertirse á costa del italiano ó del *franchute*; porque para cierta gente no existen en el mundo más que *franchutes* y españoles, pero más de los primeros.

En fin, el *figurero* se vuelve á su país para adquirir nuevos modelos, ó adquirido ya el convencimiento de que el arte dará honor, pero no renta.

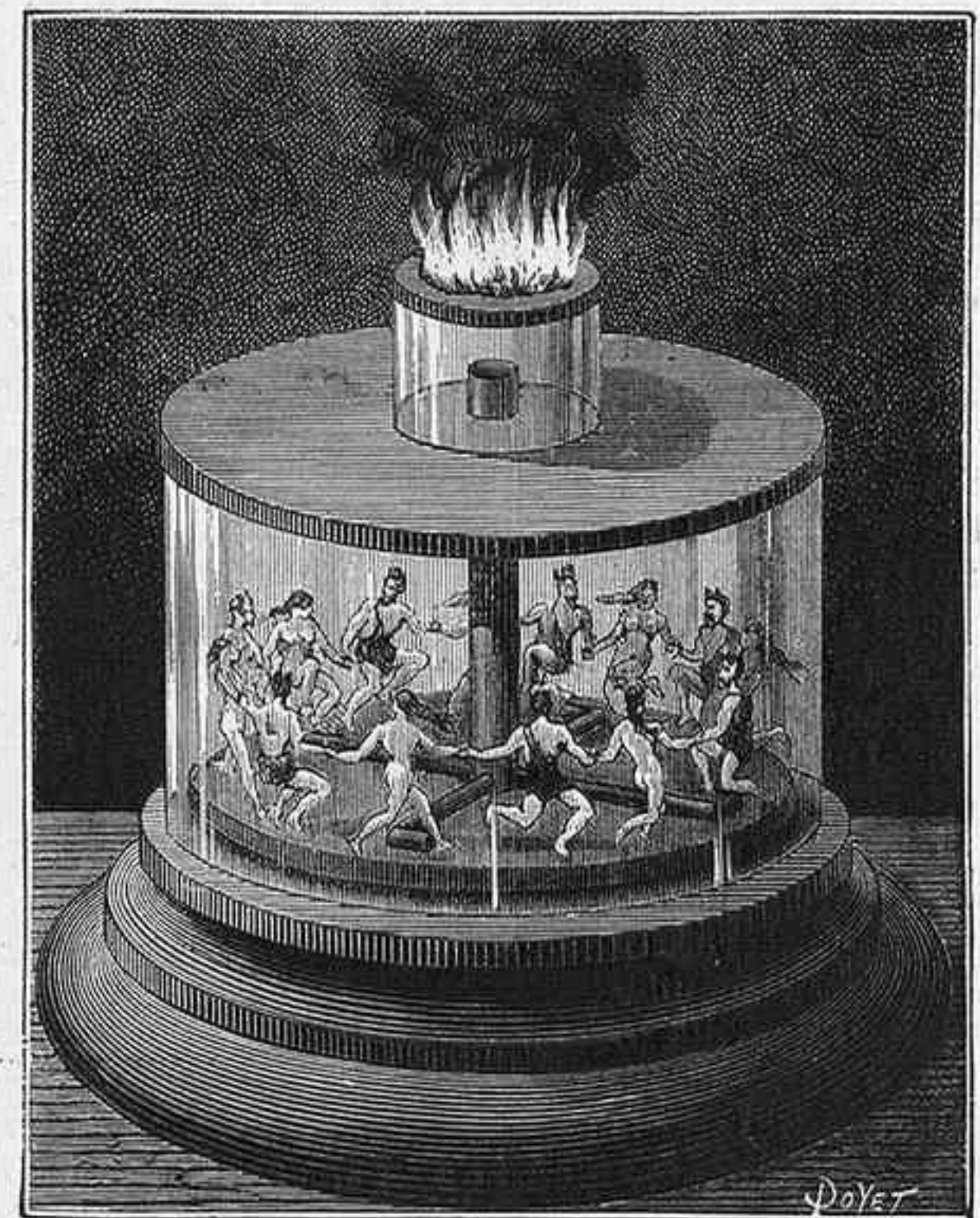
Mas la familia de las golondrinas es interminable: unas van y otras vienen, y nunca faltan vagando por el mundo centenares de figuras y de *figureros*.

E. DE LUSTONÓ

LA CIENCIA ANTIGUA

La ciencia en la antigüedad, ni más ni ménos, bajo cierto aspecto, que la ciencia moderna, manifestábase bajo dos formas distintas. La ciencia *por sí*: la ciencia *por sus aplicaciones*.

Bajo una forma, era eminentemente práctica, de todo punto empírica, y se aplicaba á los usos y necesidades de la vida como receta ó procedimiento, que la casualidad, la experiencia, ó quizá algun Dios benigno en ratos de buen humor concedió á los mortales para su satisfaccion ó ayuda.



ALTAR MARAVILLOSO DESCRITO POR HERON

Bajo otra forma la ciencia se escondia cuidadosamente en el templo, era monopolio exclusivo de la casta sacerdotal, se cultivaba por sí misma y por sus relaciones con la Teología, y si alguna aplicacion práctica tenia, era la de fascinar á la masa ignorante de los creyentes con maravillas y prodigios, verdaderos milagros del valle del Nilo ó del suelo helénico.

La ciencia práctica enseñaba á los hombres á triturar el grano, á amasar la harina y á cocer el pan; á exprimir el jugo de la uva y á fabricar el vino; todo ello acompañado con la admirable invencion de los fermentos, química incipiente de aquellas remotas edades.

La ciencia práctica les enseñaba la extraccion y preparacion de los metales; y el oro, la plata, el plomo, el estaño, el bronce y el hierro, acudian como pesada turba de vigorosos esclavos al templo, al lujo, á la circulacion monetaria, á la industria y al campo de batalla, ayudando al hombre en sus creencias, en sus pasiones, en sus trabajos y en sus luchas.

La ciencia práctica arrancaba al Vesubio y al Etna su azufre; á las cavernas del Asia sus nitratos; al amargo pié-lago su sal marina; á la Cirenaica su *ammos* ó sal de amoniaco; á Chipre su alumbre; sus calizas, arcillas y sílices á toda la rugosa piel de la madre tierra; á los álcalis su acción vitrificante; y de esta suerte atendía á nuevas y nuevas necesidades, dulcificando las penosas sendas que habían de conducir á más altas civilizaciones. Y el azufre con el *borith* y el *neter* de los hebreos purificaba el alma en las ceremonias religiosas y blanqueaba las telas para la vida civil; y la sal marina conservaba carnes y pescados y condimentaba los alimentos, destruyendo lo *insípido*, sabor negativo de la nada, que aún traía el hombre primitivo sobre sus labios, con estimulantes apetitos de existencia; y el nitrato de potasa era medicamento preciado de los doctores de Roma, y mansamente se desleía en un vaso mientras le llegaba la hora de tronar en la férrea boca de los cañones, ó de estallar en minas y canteras; y el alumbre y las sales de hierro y todas aquellas sustancias que griegos y romanos llamaban *alumen* y *stypteria* se empleaban en la preparación de lanas y cueros, y en medicina, con su poder astringente, contenían hemorragias, limpiaban llagas pútridas, y puede decirse que con dolorosos besos de implacable amor despertaban al sér á la vida, cuando en el mortal cóncavo de la úlcera maligna comenzaba á dormirse; y la piedra y el mortero creaban las maravillas de Tebas, Babilonia y Atenas; y la sílice y las materias alcalinas sucias y opacas, unidas por el amor y purificadas por el fuego, se fundían en masa cristalina por cuyo seno pasaba limpio el rayo de luz refractado, como si hiciera respetuosa genuflexión ante el maravilloso sér, no de otra suerte que el devoto al cruzar por el templo ante los ídolos de su creencia; y el lino de Egipto, y el algodón de la India, y el cáñamo de las Galias y multitud de materias textiles cubrían el desnudo del sér humano arrancándolo á la barbarie, recogían el soplo del viento en lo alto de los mástiles, entoldaban públicas diversiones ó carreras triunfales y formaban flexible cadena de invisibles eslabones desde el manto del emperador al sudario ó á las mágicas y pintarrajeadas vendas del embalsamado cadáver.

La ciencia práctica bajo forma de industria lo abarcaba todo y á dónde una necesidad despertaba acudía diligente. Alimentos, bebidas, metales, piedras, tejidos, sustancias químicas, la materia con todas sus formas y todos sus colores, desde la púrpura de los moluscos recogidos en las pesquerías de las costas de Narbona, ó del Atlántico europeo y africano, hasta el bello color del geranio, y hasta el azul vegetal del *hysginum* de que hablan Vitruvio y Plinio; hasta las materias colorantes minerales con sus ocores, sus óxidos y sus sales de cobre, plomo y mercurio; todo, materia, fuerzas físicas, fuerzas químicas, formas, matices, opacidades ó transparencias, rigideces ó flexibilidades, medicinas y venenos, cuanto pudo tener una propiedad que satisficiera un apetito, un deseo, una necesidad ó una pasión, fué utilizado por procedimientos indus-



GERMANIA, por H. Makart

triales, que brotaban espontáneamente de la observación y de la experiencia, método hoy tan en boga y empleado ya desde el primer día por el primer hombre aunque no fuese más que para arrancar una fibra vegetal ó sacar punta á un guijarro.

Esta era la ciencia práctica, repetimos una vez más; pero no era la ciencia reflexiva, metódica, ordenada, con sus leyes y sus síntesis, más ó menos exactas, verdaderas ó falsas, poco importa: esfuerzo de organización, en todo caso.

La verdadera ciencia, allá revuelta con la metafísica y con la teología, pero pugnando desde el principio con ambas, estaba aprisionada en el interior de los templos y servía para meditación y goce espiritual de los iniciados, para esplendor en las ceremonias del culto y para asombro de los ignorantes que imaginaban prodigios lo que era aplicación de leyes físicas y químicas.

Mr. Albert de Rochas en su interesante obra sobre la ciencia en la antigüedad cita multitud de ejemplos, de los cuales ya en otros artículos nos hemos ocupado, y á los cuales en el presente artículo hemos de agregar un ejemplo más.

Está tomado de las *Pneumáticas* de Heron y parece reproducir un pasaje del canto XVIII de la *Iliada*.

Imaginemos el altar maravilloso formando como una columna truncada en el centro del templo.

En su superficie superior ha de encenderse el fuego sagrado, y bajo ella hay una cámara ó espacio lleno de aire.

El cuerpo cilíndrico de la columna es transparente, formado tal vez de vidrio ó cristal (dejando la distinción á salvo); que ya los egipcios, mucho ántes que los fenicios establecieran sus cristalerías, fabricaban en Tebas y en Menfis cristales de color, y blancos cristales, y en sus tumbas se encuentran pedazos de esta sustancia, incoloros ó teñidos de esmeralda, de zafir ó de amatista.

Desde la cámara de aire baja un tubo que sirve de eje á multitud de pequeñas figuras, las cuales á su alrededor forman alegre círculo como el que Dédalo formó para Ariana la de la hermosa cabellera. Son estas figuras, ó encantadoras vírgenes cogidas de la mano y golpeando el suelo con el ligero pié, mientras sus túnicas de blanquísimo lino flotan en el aire siguiendo la rápida ronda, ó sátiros barbudos de bestial rostro.

Por último, de la parte inferior del tubo, ó eje central, parten horizontalmente brazos diversos que son también otros tantos tubos, los cuales sirven de sostén á las figurillas, y que en su extremo se retuercen de modo que su última porción siga la dirección del círculo móvil.

Hé aquí todo el mecanismo. Veamos ahora sus efectos.

¿No arde el ara? pues todo está inmóvil: eje, brazos ó tubos inferiores, ninfas y sátiros.

¿Pero el sacerdote enciende el fuego sagrado? pues la fantástica ronda comienza al punto.

La explicación, prescindiendo de algunas dificultades que ocurren y sobre las que no es oportuno insistir, es en extremo sencilla.

El fuego del ara calienta el aire de la cámara superior: éste dilatándose no encuentra otro camino que el tubo vertical; por él baja, siguiendo despues, para buscar salida, los tubos inferiores, y por la boca de ellos sale determinando, por aquel principio conocido de física que se llama *de la reacción*, el movimiento circular de todas las figurillas.

El mecanismo no es en rigor otra cosa que una *turbina de reacción*; turbina de aire en vez de ser de agua.

Los sacerdotes griegos y quizá también sus predecesores los egipcios conocían pues el principio físico en que estriban estos mecanismos.

La turbina existía, pero como insignificante juguete ó como cómplice de una superchería sacerdotal en el seno del templo pagano.

Hoy la turbina es un honrado trabajador, que recoge la caída de agua y la convierte en utilísimo trabajo; ya muele trigo para el necesario pan de cada día, ya mueve en el taller poderosas máquinas, ya engendra la luz eléctrica que ha de sustituir al sol en las sombrías horas de la noche.

Tal es la diferencia de los tiempos y de las civilizaciones.

JOSÉ ECHEGARAY

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria